

GARTON ASH, Timothy, *Europa.
Una historia personal*

Madrid, Taurus, 2023, 496 pp.

Adrián Magaldi Fernández

Universidad de Cantabria, España

adrian@magaldi.es

<https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>

Cómo citar esta reseña: MAGALDI FERNÁNDEZ, Adrián (2024). Garton Ash, Timothy. *Europa. Una historia personal*. *Pasado y Memoria* (29), pp. 476-480, <https://doi.org/10.14198/pasado.26541>

«Para alguien comprometido hasta la médula con Europa durante toda su vida, [el Brexit] fue una gran derrota [...]. Cuando a una persona se la priva de su ciudadanía contra su voluntad, suele ser porque es víctima de un régimen abominable o porque ha cometido un acto atroz. Pues bien, a la multitud de europeos británicos que pensaban como yo y a mí se nos despojó de la ciudadanía europea por el voto democrático de nuestro propio pueblo».

Como refleja este breve pasaje, Timothy Garton Ash escribe su último libro, «Europa. Una historia personal», claramente bajo el impacto emocional que la salida británica de la Unión Europea tuvo en gran parte de la intelectualidad inglesa. Su obra se suma así a la creciente producción bibliográfica que, sobre la historia de Europa, han publicado en los últimos años otros historiadores británicos como Richard J. Evans, Ian Kershaw u Orlando Figes. No obstante, el caso de Timothy Garton Ash cuenta con ciertas peculiaridades, dotado de unas conexiones con la realidad europea que trascienden los círculos académicos para alcanzar una influencia mediática y política. Desde su juventud, viajó por diferentes países del continente guiado por los principios del liberalismo y el europeísmo, «las dos causas políticas que más me importan», conociendo una

El autor declara que no hay conflicto de intereses.

©2024 Adrián Magaldi Fernández



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

realidad que ahora recoge en este libro, el cual constituye un perfecto recorrido por la historia del continente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis de Ucrania. En esta obra se entremezcla lo historiográfico con lo memorialístico pues, como dice el autor, se trata de «una historia personal de Europa» que imbrica el enfoque histórico basado en fuentes primarias con la mirada periodística del testigo presencial. El contenido se vertebra a través de cinco grandes partes estructuradas de forma cronológica, aunque en ciertos aspectos acaban proyectándose reflexiones transversales que trascienden los marcos apuntados en un comienzo.

La primera parte lleva por título «Destruída (1945)» y analiza la Europa de posguerra, tomando como punto de referencia la participación de su padre en el desembarco de Normandía. El relato proyecta una Europa devastada por la guerra y «aparentemente» pacificada, pues como se apunta rescatando las palabras de Václav Havel, «la paz que conocían quienes vivían en un país como Checoslovaquia, no era comparable a aquella de la que disfrutaban los ciudadanos de Francia, los Países Bajos o Bélgica». Desde su perspectiva liberal, el autor describe una Europa pacificada pero fracturada entre un Occidente democrático y una Europa del Este bajo repúblicas populares o el control soviético. Surgiría así una compleja realidad europea en la que sitúa la semilla de la futura integración como vía de superación de las pesadillas de cada país: Alemania y su vergüenza por los crímenes cometidos, Francia y su sentimiento de humillación por la derrota y la ocupación, o Reino Unido y su declive económico y político. Europa comenzaría así a vertebrarse como vía de superación de las pesadillas nacionales, pero también como meta para salir de aquellas otras en las que todavía se encontraban ciertos países, fuera la dictadura fascista en España o la dictadura comunista en Polonia.

La segunda parte se titula «Europa dividida (1961-1979)» y recoge la evolución de un continente que el autor comenzó a conocer de forma directa durante sus viajes estudiantiles, percibiendo que «el rasgo distintivo del continente ya no era la destrucción, sino su división». Son dos las divisiones descritas: la división nacional y la división ideológica, fragmentación solo superada –física e intelectualmente– por aquellos estudiantes universitarios surgidos a la sombra del idealismo sesentayochista que, en muchos casos, eran la primera generación de la familia que accedía a la universidad. Ese mayor nivel formativo fue germen de curiosidades y de ascenso social, lo cual les permitió un conocimiento de idiomas indispensable para afrontar esas divisiones plurilingües que aspiraban a traspasar. Como apunta Timothy Garton Ash, «con cada lengua aprendida me volvía un poco más europeo», alejándose así de «las sólidas certezas monolingües de la Inglaterra de mi padre». Su formación académica

le permitió también realizar unos viajes que, por primera vez, le llevaron a descubrir la realidad existente al otro lado del «Telón de Acero», conociendo una Europa en la que «bajo los regímenes comunistas supuestamente revolucionarios habían sobrevivido más elementos de la vieja Europa de antes de la guerra que en las democracias supuestamente reaccionarias de Europa occidental». Sin embargo, aunque su nivel formativo estaba permitiéndole –a él y sus compañeros– superar las divisiones existentes, se estaba creando otra dualidad: «los primeros estudiaban en la Universidad, vivían en grandes ciudades o en poblaciones prósperas y viajaban por el continente charlando sin ningún problema en otra lengua. Los segundos no». Esa división marcaría el futuro sentimiento europeísta.

La tercera parte, «En ascenso (1980-1989)», recoge los primeros pasos de Garton Ash por la vida académica, recorriendo una Europa en transformación que fue fruto de su interés por dos motivos. Su primer factor de atención fue el inicio de una auténtica unidad política europea que, desde su mirada británica, parecía en riesgo por la actitud de Margaret Thatcher, dispuesta a seguir la estela gaullista de la «Europa de los Estados», con un modelo intergubernamental más que federalista. Frente a su figura, aparece ensalzada la imagen de Jacques Delors: «para ella, el mercado único era un fin en sí mismo. Para él, un medio que permitiría alcanzar un objetivo mayor, una Unión Europea federal». El resultado final aparece proyectado con tristeza como una extraña imbricación de ambas percepciones. La segunda fuente de interés para el autor es la transformación política de la Europa socialista, situando como factor explicativo de tales cambios el liderazgo de Gorbachov, a quien describe como «el patriota soviético cuyas políticas acabaron por destruir a la Unión Soviética, el reformista que desencadenó la revolución, el comunista que abrió la puerta a la democracia». Con su nueva política exterior, desapareció la división ideológica de Berlín y, con ello, de Europa, cayendo lo que Occidente bautizó como «el Muro» y la Europa del Este como «la frontera».

La cuarta parte es una época «Triunfante (1990-2007)», con una expansión ideológica y territorial del proyecto europeísta que el autor vivió cerca de las esferas de poder, con una influencia intelectual que se extendió a los medios de comunicación y a amplios círculos políticos. Son los años en los que Mark Leonard publicó su obra «Europa liderará el siglo XXI». Pese a unas ilusiones truncadas temporalmente por episodios como la Guerra de los Balcanes, el sentimiento de unidad europeo en torno a los principios liberales y democráticos parecía indiscutible. Sin embargo, el autor se centra en desbrozar los riesgos germinales que, en aquellos momentos, no se quisieron ver. En primer lugar, una Europa del Este que caminó a excesiva velocidad hacia el

modelo neoliberal, provocando que, si en el pasado la gente tenía seguridad y anhelaba la libertad, en el nuevo contexto tenía libertad pero anhelaba la seguridad, comenzando a mirar hacia alternativas de signo populista. En segundo lugar, el inicio de la unión monetaria sin abordar la unión fiscal ni bancaria, vertebrándose desde unos riesgos que pronto colocarían todas sus miradas en Grecia, que entró en el euro gracias a los datos manipulados con ayuda de Goldman Sachs. En tercer lugar, la creación de una Europa que estaba dejando en los márgenes demasiados excluidos, en especial inmigrantes de segunda generación –destaca la población musulmana de las *banlieue*– y aquellos grupos con menores estudios que continuaban olvidados por el internacionalismo liberal que parecía dominar una Europa en la que «prestamos mucha atención acertadamente a la otra mitad del mundo, pero descuidamos la otra mitad de nuestras propias sociedades».

La última parte, titulada «Vacilante (2008-2022)», refleja un continente en crisis que ha mirado al legado de Stefan Zweig, como si aquel «mundo de ayer» que añoraba el escritor austriaco fuera análogo a la forma en que es contemplado por los europeístas de hoy. Se trata de una Europa que Garton Ash percibe sacudida por varias frustraciones, como la crisis del euro y, muy especialmente, la división respecto a la idea de Europa y sus principios liberales y unitarios. La construcción de una integración que dejó ciertos sectores en los márgenes acabó por provocar una confrontación entre la epistocracia promovida por las élites liberales intelectuales frente al nacionalpopulismo euroescéptico que provocó el éxito del Brexit y el nacimiento de una nueva derecha radical en todo el continente. Esta parecía mirar a la Rusia de Putin como el referente de «una Europa mejor: patriótica, cristiana, marcial, carnívora, heterosexual y natalista frente a la Europa decadente, posnacional, multicultural, vegetariana y pacifista de la Unión Europea, que además abrazaba a las personas LGTBIQ+ y acogía a los musulmanes». Tras ese recorrido, el autor llega a una actualidad en la que, pese a todas las batallas, el ideal europeo parece atrapado en una crisis sobre su propio ser.

Se trata, en definitiva, de una obra de enorme valor, quizás no tanto por el análisis historiográfico que plantea, sino por la manera en que refleja el sentir europeísta de una generación crecida en torno a los ideales de un liberalismo transnacional que, demasiado tarde, percibió los problemas sobre la forma en que se había construido la unidad europea. Pese a todo, la obra entremezcla con fluidez la mirada del historiador con el relato personal, evolucionando desde una parte inicial con juicios más analíticos, hasta un final donde parecen primar la opinión y las categorizaciones más discutibles desde el punto de vista histórico, al catalogar sin matices a la Rusia de Putin como un régimen fascista, o a

Ceuta y Melilla como colonias europeas. En la narrativa, Garton Ash demuestra una erudición detallada de cada uno de los rincones del continente, así como un conocimiento directo de sus grandes personalidades, aunque por momentos se vislumbra un exceso de lo que los británicos denominan «name dropping», con un autor que aprovecha la más mínima ocasión para citar, con ciertas dosis de vanidad, sus relaciones personales con los grandes nombres que construyeron la historia política de Europa. De cualquiera de las formas, una obra clave para entender el sentir de Europa, su historia y la encrucijada en que parece situada.